

El abuelito de Noé

“¡Buenas tardes! ¡Buenas tardes!” siempre saludo así, aunque sea muy de mañana, al joven de labio leporino que recibe la basura en el camión recolector que pasa todos los días por la colonia donde vivo, en Tláhuac.

El joven siempre alega que ya son “tardes”, aunque el reloj marque las ocho o nueve de la mañana; tal vez es una manera juguetona que tiene él para convivir con las personas que acudimos presurosas a llevar nuestra basura.

–¿De qué trabaja usted, don? –Me pregunta el joven del labio leporino.

–Reviso la ortografía de los libros antes de que se vayan a la imprenta. –Le respondo lo más breve posible, pues sospecho que si le explico que soy jubilado, después vendrá una pregunta tras otra.

La otra joven que lo acompaña, de unos treinta y cinco años, de cabello y ojos negros, vestida con un overol naranja, escucha mi respuesta y rápidamente interviene:

–¡Deme trabajo, señor! Yo tengo muy buena ortografía.

–¿De veras? Sí, sí te doy trabajo, pero recuerda que si el libro sale mal, a nosotros es a quienes nos van a fregar. –Le explico.

El joven que inició la conversación, cuya edad seguramente no pasa de los treinta años, vacía los botes de basura orgánica al contenedor del camión y está atento a la charla.

-¡Oiga, señor! -me dice- Ayúdeme a escribir un libro, quiero contar la historia de mi vida.

-¡Claro que sí! -le contesto entusiasmado- Empieza por escribir una sola hoja; yo me encargo de revisarla y hacerte las observaciones. -Lo veo emocionado y con los arrojitos de que sí lo hará. Y varias veces me dice “¡Cámara! ¡Cámara!”

-Yo también voy a escribir un libro. -Dice la mujer de los ojos negros- Se va a llamar *El abuelito de Noé*...

-¡Qué bonito nombre! ¿Por qué se va a llamar así?

Los demás vecinos se quedan parados con sus botes vacíos en las manos, parece que desean saber más acerca de lo que aquellos trabajadores platican. De repente, el chofer del camión enciende el motor y avanza pesadamente con esa carga compuesta de excrementos de chivos, puercos y borregos; residuos de jardinería, frutas, verduras y comida echada a perder.

Los dos jóvenes se trepan al estribo del automotor y me miran con sonrisas cómplices al tiempo que se alejan.

-¡Se va a llamar *El abuelito de Noé*, porque así se llama un viejito que vive a una cuadra de aquí! -Alcanza a gritarme a la distancia la mujer del overol.

“Qué título tan sugerente”, pienso para mis adentros mientras regreso a casa, y por mi mente desfilan numerosas imágenes: supongo que aquel viejito, el que vive a una cuadra de mi casa, de nombre Noé, es un señor chaparrito de piel morena, con una barba blanca y larga, y abuelo de un niño también llamado Noé...

Me quedo de buen humor, ya que he podido calmar el horrible carácter que me traigo desde la mañana con mi hija Iris. Ignoro si ahora soy un “viejo gruñón y cascarrabias” debido al encierro que llevo de varias semanas a causa de la pandemia. Parece que ya me está haciendo mella.

Es admirable que todos estos días los de la basura siempre estén al pie del cañón: llegan puntuales con el *talán talán* de su típico y estruendoso cencerro. Sin duda, ellos forman parte de las actividades esenciales de este país. Aunque es sabido que muchos de estos trabajadores no reciben salario ni prestaciones: viven de las propinas y el reciclado.

Estoy contento porque en la conversación ellos no mencionaron el tema del coronavirus y que se haya vuelto más importante la posibilidad de escribir. ¡Uf, qué alivio, pues ese pinche virus ya me tiene hasta el copete!

Germán Méndez Lugo
(gemelu21@hotmail.com)

Abril de 2020